

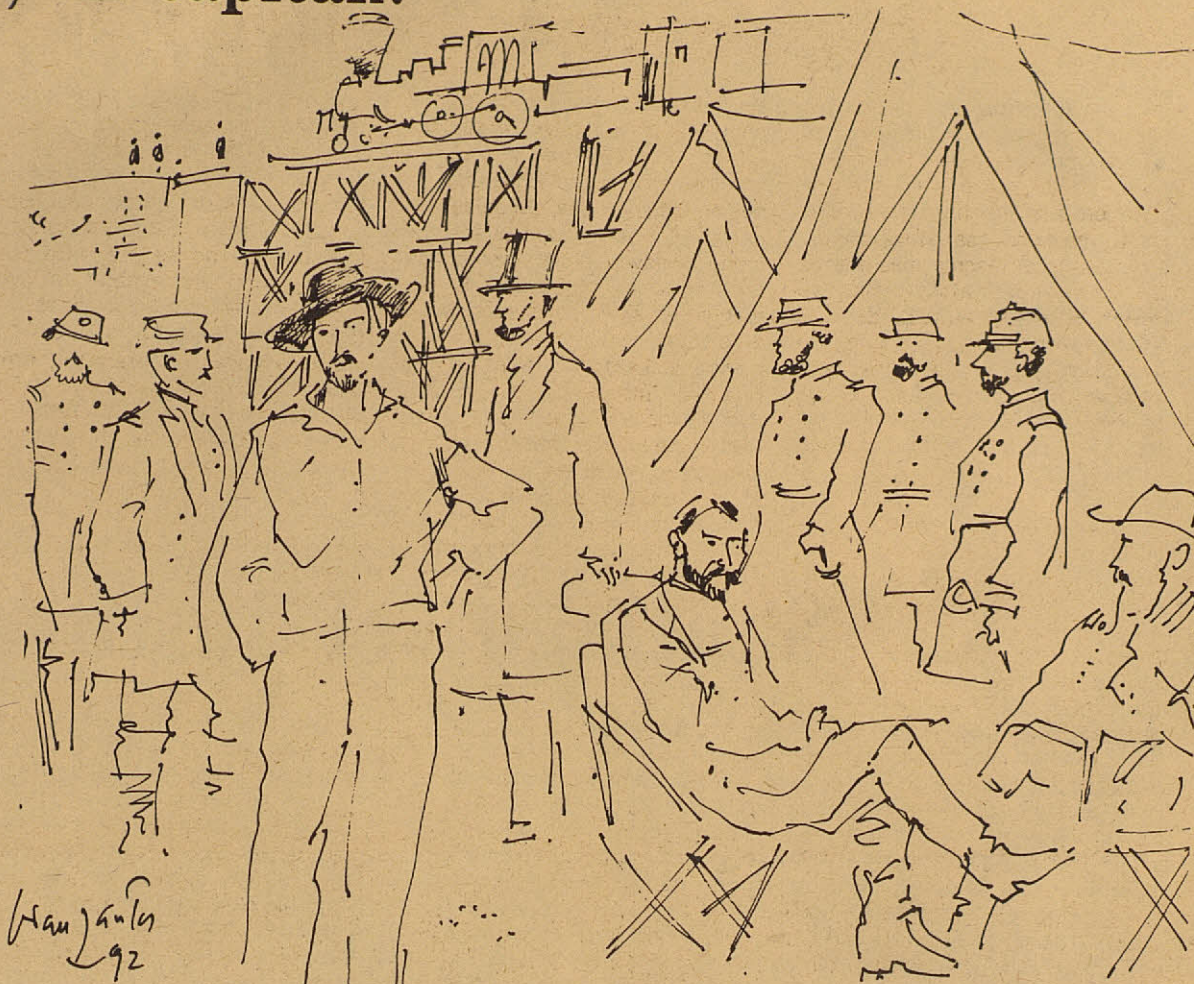
—Walt Whitman, cien años—

¡Oh capitán, mi capitán!

CAMDEN, New Jersey, 26 de marzo de 1892. Acaba de morir el más alto poeta norteamericano, el padre de la poesía moderna de su país: Walt Whitman, carpintero, como su padre, maestro de escuela, tipógrafo —ese oficio le enseñó muchas cosas—, director de varios periódicos, algunos excesivamente efímeros, enfermero en Washington en un hospital de guerra, empleado público... Y siempre sin un dólar. Enfermó de parálisis en 1873, y aguantó sin quejarse casi veinte años. Estoy mirando una fotografía suya, un daguerrotipo, vaya, en el que aparece a los treinta y seis años: camisa abierta que muestra la camiseta, barba con algunas canas, sombrero negro ladeado, ojos algo tristes, rostro afinado y cuerpo flaco como el de un demonio. Miro otra foto, esa sí fotografía cabal, hecha poco antes de su muerte: tremenda mata de pelo que enlaza con la barba, ambas blanquísimas, ojos muy duros, aspecto de león o de profeta.

REGRESO a mis veinte años. Estudiante de Derecho en Madrid, cuando la Facultad estaba en San Bernardo. Yo paraba en el Colegio Mayor Guadalupe, entonces sito en la calle Donoso Cortés, 65. Casi todos los residentes eran iberoamericanos —escribo esto porque había algún brasileño, como el poeta Darcy Damasceno Dos Santos, recientemente fallecido—. Pero quiero destacar ahora a un increíble personaje, a un gran escritor y espléndido traductor del inglés al castellano: el nicaragüense José Coronel Ortecho. Su antología de la poesía norteamericana me deslumbró. En ese libro leí por primera vez poemas de Walt Whitman. No encontré otras traducciones para ampliar mis lecturas del «viejo hermoso Walt Whitman» —como le llama Federico García Lorca—, y así es que compré su «Leaves of grass», y muy penosamente me puse a traducirlo como Dios o el diablo me dieron a entender. Luego, en mis vacaciones en Barcelona, mi novia —¡Jesús, mi mujer era mi novia y lo es todavía!— me ayudó: sabía y sabe mucho más inglés que yo, ha sido durante muchos años profesora de inglés para miles de estudiantes, y también para mí, que saqué desigual provecho.

Recuerdo perfectamente que el primer poema de Whitman que traduje fue uno cuyo título llamó mi atención, ¡ay!, republicana. Se titula «España, 1873-1874», y se refería a la I República Española, que duró sólo diez meses. En uno de los archivadores de mis papeles mi mujer ha encontrado, entre



Walt Whitman durante la guerra de "secesión"

otras, la traducción de este poema, que he retocado ahora. Dice así: «Desde la oscuridad de las más densas nubes, / desde las ruinas feudales y desde los amontonados esqueletos de los reyes, / desde los viejos restos de Europa, desde las rotas mascaradas, desde las catedrales destruidas, desde los palacios caídos, desde las tumbas de los sacerdotes, / asoman las facciones frescas y claras de la libertad, asoma el mismo rostro inmortal / (visión fugaz el rostro de tu madre, América, / destello claro como el de una espada, / cuando lanza sus rayos hacia ti). / No creas que te olvidamos, madre nuestra; / ¡te has retrasado tanto! ¿Se cerrarán de nuevo las nubes sobre ti? / ¡Ah, pero ahora te apareces ante nosotros y te reconocemos, / nos das una prueba segura, la visión muy fugaz de ti misma, tú esperas allá lejos, y en todas partes, a que suene tu hora.» Curioso: llama a España «madre nuestra». Muy bien.

Oigan, ya sé que ninguna traducción es buena. ¿Pero vieron su técnica en el empleo del verso libre? Esta innovación formal fue algo que influyó en todos los poetas norteamericanos posteriores, aunque muy pocos alcanzaron su perfección y su musicalidad vio-

lenta, adaptada a cada tema, variable y riquísima. Dos poetas iberoamericanos, José Martí y Rubén Darío, fueron los primeros que, en castellano, se ocuparon de su obra. Aquí llegó mucho más tarde.

Por supuesto que una legión de puritanos «made in USA» se escandalizó por la forma y el contenido de sus «Hojas de hierba». Pero también hubo gente sensible y valiosa que sí le leyó, gente que no ocultó haber recibido su influencia: Emerson, Ingersoll, Burroughs, Thoreau, y el propio Lincoln. Su fe en la democracia empapa casi todos sus escritos: una democracia que comporta la libertad total del individuo, «que le devuelve las llaves del reino».

Fueron sus referencias al amor entendido sólo como sexo las que más ampollas levantaron. Amor heterosexual y amor homosexual, por supuesto. Pero, ¿quién de los llamados justos podía tolerarle que dijera a una prostituta: «Mientras el sol no te repudie, no te repudiaré»? Y poemas como «Cálamo», «Hijos de Adán», o «Una mujer me espera» le trajeron problemas, ceses en los periódicos, injurias y anatemas. Pero él escribía a favor del viento.

Walt Whitman es el cantor vital de la alegría, de la transparencia,

del optimismo en medio de un mundo que sabe cruel y muchas veces sórdido, con aires de desgracia. Críticos hay que consideran que «Hojas de hierba» propone una utopía, pues la democracia que canta y propone para América brilló y brilla aún por su ausencia. Pero los que esto opinan olvidan que sin un ideal utópico la vida de hombres y mujeres es deprimente, derrotista y catastrófica. Una persona sin proyecto vital, sin proyección hacia la utopía, se convierte en un ser mutilado, rencoroso y rabiosamente intolerante. Entonces, ahora y en el futuro.

Ya los que creemos en la democracia y por ella hemos sufrido persecución por la justicia y pérdida de la libertad, nos conforta y ayuda a volver a arriesgarnos, si algún día peligrara la democracia, leer estos versos de Whitman: «Democracia, cuando por todas partes los fusiles te apuntaban al pecho, / vi cómo impávida alumbrabas hijos inmortales, vi en sueños cómo tu figura crecía, / vi cómo, con tu amplio manto, amparabas al mundo.»

Viejo hermoso Walt Whitman: ¡Oh capitán, mi capitán!

José Agustín GOYTISOLO